



XIX.

BATALLA DE ORBITELO.

1644-1648.

Segundo sitio de Tarragona.—Alteraciones en los altos cargos de la marina.—Rinden franceses la plaza de Rosas.—Mal efecto de la nueva.—Armamentos en Cádiz.—Atacan los enemigos á Orbitelo.—Acude nuestra escuadra.—Batalla.—Muere el Almirante francés.—Alza su ejército el sitio de la plaza.—Descontento, no obstante, el Rey, ordena residenciar á los jefes.—Consecuencias.—Nombra Gobernador general del mar á D. Juan de Austria.—Va éste en jornada á Italia.—Sofoca la sublevación de Nápoles.—Servicios que presta la armada.—Combates con la de Francia.



LA impresión produce al volver desde las Indias al Continente viejo el estado revuelto, nada satisfactorio, en que andaba la guerra. Siéndonos adversa la fortuna en los Países Bajos, una tras otra se perdieron, entre varias plazas, las marítimas de Gravelinga, Mardik y Dunquerque, que servían de acceso á la comunicación con la Península, con lo que llegó á ser verdaderamente difícil *poner una pica en Flandes*¹. En Portugal se llevaban flojamente las campañas de frontera, dedicada la atención privilegiada á Cataluña, sin obtener por ello resultados que pudieran compensar las pérdidas de allende; lo adelantado desde la revuelta consistía en la persuasión de los catalanes de que nada ganaban sometidos á la tutela francesa, de que iban cansándose.

¹ En la *Colección de Tratados de Abreu y Bertodano* están insertas las capitulaciones de rendición.



La armada de esta nación en el Mediterráneo, más activa que la nuestra, volvió á bloquear á Tarragona, sitiada segunda vez por tierra en el mes de Julio de 1644; y aunque no dejaron de entrar embarcaciones menores, manteniendo correo con el exterior, y dos bajeles penetraron con víveres, siendo de excelente servicio su gente para el manejo de la artillería, no podía esperarse de las galeras del Duque de Tursi socorro de consideración, y hubiera sucumbido acaso al furioso cañoneo y asaltos por las brechas si repentinamente no se alejara el ejército enemigo el 13 de Septiembre, abandonando cañones, pertrechos y víveres sin aparente causa ¹.

Mr. de Brézé corrió desde Salou la costa hacia Poniente pudiendo emplear sus navíos de fuego contra cuatro mercantes cargados de trigo en el Grao de Valencia, por remate de campaña.

Concluída, el referido Duque de Tursi resignó el mando de las galeras, alegando motivos de edad y salud, aunque no fuera misterio ser causa verdadera el abandono en que la escuadra estaba, sin pagas ni forzados. Con su dimisión se promovió cambio de personal, que otros motivos reclamaban. Este año fallecieron, de muerte natural, el Duque de Maqueda, capitán general de la armada del Océano ², y el almirante Sancho de Urdanivia ³; á poco se dió sentencia condenando al Duque de Medina Sidonia á prisión perpetua, con pérdida de Sanlúcar de Barrameda ⁴; quedaron, pues, vacantes los cargos principales de la marina, y se proveyeron confiriendo á D. Antonio Juan Luis de la Cerda, duque de Medinaceli y de Alcalá, títulos de Capitán general de las costas de Andalucía, extendiéndose su jurisdicción

¹ *Relación enviada por D. Luis Ponce de León, hermano del Duque de Arcos, Virrey de Valencia, de lo que sucedió en el sitio de Tarragona, que por mar y por tierra tenían puesto los franceses. Año 1644.* Ms. Academia de la Historia, signaturas 11, 2, 6, leg. 13.—*Crónica de Parets*, capítulos CLX y CLXI.—*Memorial Histórico*, t. XVII, páginas 491 á 496.

² El 30 de Octubre.

³ Dejó cuantiosos legados al hospital de Irún, su patria, según refiere el historiador local Gainza.

⁴ Novoa, lib. XIII, pág. 186.



desde Ayamonte hasta el estrecho de Gibraltar y 20 leguas tierra dentro, y de Capitán general del mar Océano y de todas las armadas de navios de alto bordo «para limpiar de corsarios y obviar las piraterias y daños en la navegación de Indias»¹, debiendo gobernarse por las cédulas, formas é instrucciones que lo hacía su antecesor, con la diferencia de señalarle término de tres años, que en el otro era indefinido. En las escuadras de galeras se corrió la escala, pasando al cargo superior de las de España D. Melchor de Borja²; al de las de Nápoles, al Marqués del Viso, y al de las de Sicilia, al Marqués de Bayona, y la de navios de alto bordo *ad interim* á D. Francisco Díaz Pimenta, premiando el éxito alcanzado en la isla de Santa Catalina con el título de Almirante general.

Pronto causó alteraciones en la combinación la estrechez de la Hacienda pública, por la que, ni se encontraban los bajeles necesarios, ni los de la armada estaban en estado mejor que las galeras para cubrir las exigencias, de pronto aumentadas por armamento del Gran Turco y petición de auxilio de la República de Venecia, que olvidaba sus epigramas á la Liga en el momento de la conveniencia. Bien pudo el rey D. Felipe recordárselos, y aun repetir la altiva contestación recibida de la Señoría cuando se trató del viaje de la Reina de Hungría, su hermana; mas, lejos de ello, fuera instado por el carácter de suyo generoso, ó por recelo de que se extendieran los otomanos desde Candía á Malta ó Calabria, ofreció el concurso de una escuadra de navios³.

Los franceses, rechazados en el puerto del Final, emprendieron en la campaña de 1645 el sitio de Rosas, única plaza que interrumpía sus presidios desde el Rosellón á Barcelona, estrechándola por tierra y mar con mucho empuje, aunque por su disposición maltrató á los bajeles y algunas galeras

¹ Expedidos en Zaragoza, á 31 de Marzo de 1644. Academia de la Historia. *Co-lección Salazar*, M. 73.

² De Centellas y Borja ó de Borja y Centellas le nombran documentos. Era hijo del Duque de Gandía y hermano del cardenal D. Gaspar.

³ Novoa, lib. XIII, páginas 193-199.



echó á fondo. El enemigo se aprovechó de los fosos inundados para acercarse á la muralla con embarcaciones cubiertas con techumbre de hierro á prueba de bomba, desde las que abrieron hornillos, haciendo brecha por la que pudieran entrar tres carros á la vez. Ocurrió dentro otro accidente desgraciado, volando un almacén de pólvora, con destrozo que obligó al Gobernador á capitular la entrega con honrosas condiciones, habiendo prolongado dos meses la defensa.

Censuróse, no obstante, en la corte que no la continuara, haciendo malignas suposiciones contra su honra: como capítulo de cargos se formuló á la del General de las galeras de España, D. Melchor de Borja, por no haberla socorrido á viva fuerza. Citábase el caso de un capitán mallorquín que con dos bergantines se había arrojado á cortar la línea del bloqueo, consiguiendo entrar 200 soldados, balas de mosquete, médicos y medicinas, como si fuera igual correría nocturna de sorpresa, que batalla atacando á fuerza superior ¹. Como la equidad de la opinión no suele pararse en diferencias, fué su víctima Borja, depuesto del mando, encerrado en el castillo de Odón y sometido á las diligencias de un proceso tan largo como inútil, pudiendo alegar razones irrefutables de descargo ².

En su reemplazo se dió el título de Capitán general al Conde de Linares ³, portugués, Virrey que fué de la India oriental, rehabilitándole de la sentencia de pérdida de todas las mercedes, en que había incurrido por haberse negado á conducir la última expedición al Brasil, que llevó en su lugar el Conde de la Torre ⁴.

¹ Tratan extensamente del sitio de Rosas: Parets, capítulos CLXXI y CLXXII; Novoa, lib. XIII, pág. 179; *Memorial Histórico*, t. XVIII, páginas 84, 88, 146 y 173.

² *Algación por D. Melchor Centellas de Borja, capitán general de las galeras de España, en el pleito con el licenciado D. Juan de Morales Barnuevo, fiscal del Consejo, sobre la pérdida de la plaza de Rosas*. Impresa en folio. Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, t. LXXIII, núm. 6.—Otra defensa en la Biblioteca Nacional, Mss., Ff. 129.

³ Don Miguel de Noronha, conde de Linhares, firmado en Zaragoza, á 13 de Junio de 1645.

⁴ Según el autor de las *Noticias de Madrid*, venido de la India le acordó el Rey títulos de Marqués de Viseu (Villarreal), y de Conde de Linares para su hijo ma-



Le deparó la suerte feliz inauguración con la captura de un convoy de cuatro navíos franceses, conductores de provisiones para las tropas de Barcelona ¹, y de algunas embarcaciones de cabotaje al hacer demostración ante esta ciudad y puerto, juntamente con la armada de Pimienta, después de desembarcar en Vinaroz 7.000 infantes destinados al sitio de Lérica.

En el periodo de internada quiso el Gobierno avanzar las operaciones de campaña siguiente, procurando se adelantaran los armamentos, para lo cual fué á Sevilla y Cádiz el ministro D. Luis Méndez de Haro, conde-duque de Olivares, con amplias facultades. Se deseaba que, cuando menos, estuviera en el Mediterráneo, á principios de Febrero de 1646, un trozo de la armada del Océano que se alistaba en Cádiz, si bien se había de aprestar con igual urgencia la de la guarda de Indias para escoltar las flotas; los bajeles que fueran necesarios al fin de conducir á Flandes un tercio de soldados sardos; otros para llevar á Cataluña 4.000 infantes, y los que habían de reemplazar á los inútiles.

No habiendo tantos, significó el Rey á las provincias de Vizcaya, Guipúzcoa y Cuatro Villas que volvieran á poner en vigor las fábricas de naos como anteriormente las tenían, y formaran escuadra que se denominara de Cantabria, ofre-

yor; á éste oficio perpetuo de Mariscal de Portugal, y al otro cargo de General de Ceuta, con más, prerrogación del gobierno de Sofala por otros tres años; 24.000 ducados de ayuda de costa, 5.000 de renta perpetua, 2.500 á su nuera; General de mar y tierra el tiempo que durase la jornada del Brasil; título de Virrey, y en Portugal, mientras estuviera allí la Infanta, el de Teniente general; prerrogación de vidas de las encomiendas que disfrutaba; cuatro hábitos para dar á quien quisiere; y de morir en la jornada del Brasil, se tuvieran por hechas todas las mercedes. Preso y sentenciado por su negativa á hacer la jornada en pérdida de las referidas mercedes y destierro en Tordesillas, ablandándose la severidad del Rey, obtuvo en 1643 el mando de la escuadra de galeras de Sicilia, y contribuyó con ellas á la toma de Cadaqués. Constan estos pormenores en los *Avisos Históricos*, de Pellicer; *Semanario Erudito*, t. XXXI, pág. 26, y en el *Memorial Histórico*, según indica el índice alfabético de personas del tomo XIX. En la Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, t. 1, núm. 23, se guarda *Memorial* impreso en 30 folios de *meritos y servicios de D. Fernando Noroña, conde de Linares, y de sus ascendientes, pidiendo grandeza de Castilla ó título de Duque en Portugal*.

¹ *Memorial Histórico*, t. XVIII, pág. 144.— Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, t. CXX, núm. 96.



ciendo arbitrios para ello, y contestaron estar extenuadas por los continuos sacrificios que habían tenido que hacer, y en la certidumbre de que no se encontraría quien fabricara naves si no se pagaba á los constructores lo que se les debía y no se les aseguraba el pago en lo sucesivo, así como que se les libraría de las extorsiones de toda especie que experimentaban ¹.

Las dificultades se extendían á los pertrechos, de modo que se hizo preciso adquirir, en país enemigo de Holanda, por segunda mano, perchas de arboladura y *pacage* para velas; mas, sobre todas, se hacía sentir la falta de marineros después de disponer levas extraordinarias en Asturias, Galicia, Murcia y Cartagena, y la buena voluntad del almirante general D. Francisco Díaz Pimienta, que, disgustado de su papel de general subalterno, hizo dimisión pretextando falta de salud.

Secamente le ordenó S. M. continuar en el cargo «por no ser tiempo de otra cosa, como tampoco de enviar la carta que había escrito despidiéndose del puesto con que le había honrado y adelantado tanto» ², y con análogos procedimientos consiguió que, mal ó bien, saliera á la mar la escuadra, se agregaran cuatro fragatas de Dunquerque á cargo de Cornelio Mayne, y se movilizara la de Nápoles del de don Pedro de Orellana, trayendo infantería y caballería á la costa de Valencia.

A los enemigos sorprendió la actividad inusitada, por la cual, resguardadas y defendidas las plazas de Tarragona y Tortosa con respetable armada ³, quedaban anulados los planes contra ellas. Tuvieron que hacerlos nuevos, buscando medios de alejar á nuestras naves y distraer la atención llevándola lejos de Cataluña, á cuyo fin, partiendo de Tolón en escuadra en el mes de Mayo, con 36 bajeles, 20 galeras y un complemento de tartanas, polacras ó bergantines, que

¹ Colección Vargas Ponce, leg. 3, números 84 á 86.

² Colección de Reales cédulas dirigidas á D. Luis Méndez de Haro, de 1644 á 1648. Academia de la Historia, Colección Salazar, k. 15.

³ No he logrado ver relación más que del segundo trozo, que componían:



hacia subir el conjunto á más de cien velas, puso las proas hacia el monte Argentaro, en Toscana, á cuyo pie se hallaban las plazas de corta entidad reservadas por el rey Felipe II á su soberanía después de la guerra de Siena. Santo Estefano y Telamón, dos de dichas plazas, cuya guarnición no llegaría á cien hombres, cañoneadas por la escuadra, se redujeron fácilmente y dieron campo al desembarco de 8.000 infantes, 800 caballos y material de sitio, de que era cabeza el príncipe Tomás de Saboya, poco antes general español. Era su objetivo Orbitelo, fuerte algo más importante que los dichos, por su situación en una península sobre el lago ó *estañ*o de su nombre. Oportunamente le había provisto de víveres y municiones el virrey de Nápoles D. Rodrigo Ponce de León, duque de Arcos, encargando su defensa á Carlos de la Gatta, excelente capitán napolitano, con unos 200 soldados españoles é italianos. Ya empezada la expugnación, desembarcó el Marqués del Viso por Puerto Hércules algunos más, que entraron á vista de la escuadra francesa: acción meritísima; pero abiertas trincheras y circunvalada la plaza de 12 al 21 de Mayo, guardando los puertos y costa la armada, quedó imposibilitado el acceso á sucesivos socorros.

Llegada á España la nueva, se dió orden al Conde de Linares, á quien, como Capitán general de las galeras, correspondía la jefatura en el mar Mediterráneo, para que con las suyas, las de las demás escuadras y la armada de navíos de alto bordo acudiera al opósito de la francesa, lo que hizo desde luego poniéndose á la vela. El 8 de Junio, llegando

	<u>Toneladas.</u>
Capitana Real.....	1.200
Navío nuevo de Urvieta.....	800
Dos de Quincoces.....	1.700
<i>San Jerónimo</i>	550
<i>Nuestra Señora de Regla</i>	450
Urca el <i>León Rojo</i>	550
— <i>Rosa Pequeña</i>	560
— <i>León de Oro</i>	400
Fragata <i>San Felipe</i>	250
— <i>San Carlos</i>	200
—	6.660



al cabo Carbonera, en la isla Cerdeña, se le unieron 18 galeras de las escuadras de Nápoles, Sicilia, Cerdeña y Génova, elevando su fuerza á 22 navíos de guerra, cinco de fuego y 30 galeras. En junta de guerra se examinaron los datos recogidos relativamente á la posición, fuerza é intentos del enemigo, y se acordó provocarlo á batalla.

El 12 amanecieron las galeras de vanguardia sobre la isla de Gillo (*Giglio*), donde tomaron de sorpresa á las *falucas* de guardia del enemigo, y tan luego como éste avistó las velas españolas, zarpó, separándose de la tierra. Ordenó su línea alternando navíos y galeras, con proas al Poniente, cerrando el paso á la nuestra, que, en dirección contraria, navegaba en línea de frente, á vanguardia los bajeles; en línea paralela las galeras, y á retaguardia ocho navíos rezagados. El viento era de tierra bonancible, sirviéndose de él ambas armadas para acercarse á cuatro millas de distancia, á que estarían al sonar las nueve de la mañana del 14 de Junio. Contáronse en la de Francia 36 navíos y 20 galeras; de modo que era superior en nueve de los primeros, y superior en todo, por consiguiente, aunque tenía 10 galeras menos.

Habiendo calmado el poco viento en la situación dicha, la capitana de España, del Conde de Linares, dió remolque á la capitana real de Pimienta; la capitana de Nápoles, del Marqués del Viso, á la nao *Testa de Oro*, una de las mayores; la capitana de Sicilia, del Marqués de Bayona, al galeón *San Martín*, y así las otras, poniendo proas á la mar con designio de esperar á la virazón, ó sea viento de fuera, que era de presumir reinara hacia la tarde, y encontrarse á barlovento.

Lo propio hicieron en la armada francesa, por lo que ambas navegaron paralelamente un buen rato, adelantando más la nuestra, precisamente por tener mayor número de remolcadoras que de remolcados, y así, al entrar la virazón, como se esperaba, encontróse á barlovento y trató de utilizar la ventaja largando todas las velas y arribando sobre el enemigo para abordarle.

Dió á conocer el Duque de Brézé, general francés, no



haber variado su táctica de aquella que ejercitó en las batallas anteriores de Cádiz, de Barcelona y de cabo Gata, consistente en el empleo de navíos de fuego si conseguía el barlovento, y en esquivar el encuentro, y principalmente el abordaje, en caso contrario. En el momento de empezar la maniobra los navíos españoles, ordenó á los suyos orientar igualmente todas las velas, y se puso en huída desordenadamente; mas no pudo hacerlo tan pronto que no fuera alcanzada la retaguardia y comenzara el cañoneo, en desorden también de los nuestros por acelerar la caza.

Un balazo de fortuna, que desarboló á la capitana real del mastelero mayor, derribándole por consecuencia los de juanete, fué quizá causa de no experimentar Francia un desastre sonado, porque volvió el Conde de Linares á dar remolque al bajel, sacándolo á barlovento: el almirante D. Pablo de Contreras acudió á protegerlo, recelando que en aquel estado le abordaran los navíos de fuego, y los bajeles, como las galeras, sin cabezas, sin órdenes que obedecer, procediendo cada capitán por su criterio, sin unidad ni norma, se embarazaron unos á otros, llegando la noche sin haber conseguido resultado de consecuencia. En cuatro horas que duró la pelea se voló uno de los navíos de fuego del enemigo, y en cambio, desarbolado uno de los nuestros (la fragata *Santa Catalina*), lo incendió su capitán, temiendo fuera apresado. Sufrió bastante la nao *Testa de Oro*, una de las más empeñadas, mientras no la sacó la capitana de Sicilia, y estuvo en peligro de hundirse la de Nápoles, habiendo recibido, entre muchos, un balazo á flor de agua por la medianía de la banda siniestra. Los franceses hubieron de padecer no menos, y, según luego se supo, una bala que entró por la popa de su capitana mató al general Duque de Brézé y á otras personas á su lado.

El día 15 aparecieron las armadas distantes cosa de 12 millas una de otra; la de Francia hacia Levante, á barlovento, sin dar muestras de empeño en renovar el combate. Había reparado su aparejo la capitana real durante la noche, y ordenó hacer rumbo á Puerto Hércules, suponiendo que,



por evitar el adversario que se diera socorro á Orbitelo, empeñaría otra batalla: no fué así, porque, variando el soplo de la brisa, encontróse á barlovento la nuestra, y tan luego arribó, se puso en huida la francesa, como el día anterior.

Empleóse el 16 en maniobras parecidas, con las que acabaron de persuadirse nuestros generales de que los de Francia trataban sólo de entretenerlos sin arriesgarse, y decidieron entrar el socorro; pero durante la noche cargó el viento del Sudeste con violencia que dispersó á los bajeles, poniendo en grave riesgo á las galeras. De los primeros, corrieron algunos hasta Cerdeña; buscaron otros abrigo en las islas Gillo y Monte-Cristo; hubo choques y embarazos de unos con otros, quedando la galera *Santa Bárbara* tan destrozada, que dos horas antes de amanecer se fué á pique sobre la isla de Gillo, ahogándose 46 forzados¹.

Se vió á la escuadra francesa en dispersión el día siguiente, con señales de haber experimentado la fuerza del temporal. Una de sus galeras había dado al través sobre el Piombino, y las nuestras se apoderaron de los despojos, tomando la artillería y gente; á otras dieron caza, trabando escaramuza, y apresando una que sirvió de reemplazo á la *Santa Bárbara*, y un navío de fuego, separado de su armada.

El 23 y 24 llegaron navíos y galeras á Puerto Longone punto señalado para reunirse y reparar las averías. Celebróse consejo de generales, tratándose de dar socorro á Orbitelo, toda vez que la armada francesa había hecho rumbo á los puertos de Provenza: hacía más llana la empresa la llegada de ocho bajeles de la escuadra de Nápoles, que se unieron el 25; no obstante, puso el General en jefe, Conde de Linares, toda especie de reparos, estimando en más el valor de la armada que el de aquella plaza insignificante. Lo que decidió por sí fué que las fragatas de Dunquerque forzaran el puerto de Telamón, y los bajeles recién llegados de Nápoles lo hicieran en Santo Stefano el 26, resultando la operación pro-

¹ Colección Vargas Ponce, leg. 26.



vechosa, pues tomaron ó destruyeron 70 tartanas y polacras en que el ejército francés tenía su almacén.

Una carta del gobernador Carlos de la Gatta manifestando haber llegado al extremo de la resistencia, decidió por fin al Conde á desembarcar la gente de la armada, componiendo un cuerpo de 3.300 infantes, cuyo mando confió al almirante Pimienta, con orden de avanzar sobre el *estaño* de Orbitelo. Hizolo dividiendo en dos su tropa y ocupando una colina, donde resistió el empuje de la caballería francesa; no así el escuadrón avanzado, deshecho en la carga, con pérdida de muchos capitanes, por lo que, tras de seis horas de combate, se hizo precisa la retirada y reembarco de noche, con más de 400 heridos, dejando los muertos en el campo.

Vuelto á reunir el consejo, significó el General la imposibilidad de repetir intentos de socorro, con razones que rebatieron los Marqueses del Viso y de Bayona, ofreciendo sus personas para la empresa, y esforzándose en demostrar que sostener la plaza de Orbitelo era por entonces el mayor servicio que pudiera hacerse á S. M. Linares, apoyado por Pimienta, creía conveniente dar la vela saliendo al encuentro de la armada francesa entre las islas de Elba y Monte-Cristo, para estorbar el desembarco de los refuerzos que traería.

Ni una cosa ni otra se hizo, perdiendo el tiempo en discutir y testificar votos contrarios, sucediendo en tanto que en la noche del 20 entraron en Telamón cinco navíos franceses con más tropas; creció la arrogancia del príncipe Tomás, y empezó á darse por perdida la plaza, como ocurriera tal vez sin la llegada de caballería enviada por tierra por el Duque de Arcos con el general Marqués de Torrecuso. Éste se arrimó en el consejo á las opiniones de los Marqueses del Viso y de Bayona, quedando el General en jefe solo y desairado en su obstinación, tan adelante llevada que, alegando la necesidad de sus galeras en la costa de Cataluña, marchó con ellas, dando orden á Pimienta para que lo hiciera con los bajeles á Nápoles, y haciendo dejación del resto al Marqués del Viso.

Cambió en el instante la situación por la buena armonía y deseos del nuevo jefe con los Marqueses de Bayona y de



Torrecuso, no desprovistos de recursos, aunque Pimienta se negara á concurrir con ellos, por haber llegado de Cádiz seis navios con infantería y provisiones, y de Nápoles tartanas y falúas transportando 4.000 hombres. Desde el 17 de Julio trabajaron los soldados abriendo camino fuera del alcance de los fuertes enemigos: el 18 emprendieron la marcha sostenidos por las galeras, que previamente habian batido á las torres de San Blas y Lancidonia, y a punto de atacar á las trincheras las desamparó el príncipe Tomás, retirándose precipitadamente hacia Telamón, cuidando de cortar los puentes tras sí. Abandonó en las baterías de Orbitelo 20 piezas de artillería, el trabuco con que arrojaba bombas, los pertrechos que no pudo destruir, dejando sembrado el camino, hasta que pudo embarcar la tropa y dar la vela el 24.

Con esto se dió por acabada la campaña, y volvieron las tropas á Nápoles, las galeras á sus puestos, la armada á España, celebrando la suerte con que se habia libertado á la plaza de Orbitelo, y deshecho los designios de Francia derrotando sus ejércitos de tierra y mar. Mas nadie quedó satisfecho de la nueva ¹; las escuadras se habian dispuesto y despachado para restaurar el crédito de la marina; para buscar y destruir á la de Francia aun cuando fuera dentro de sus puertos; órdenes y recomendaciones que los jefes habian desatendido, teniendo por dos veces ocasión de realizarlas. En la batalla naval de Orbitelo no brillaron ni la inteligencia ni la decisión de los caudillos, justamente censurados por la separación ó abandono de las fuerzas que debian guiar; en el socorro de la plaza tampoco dieron ejemplos que imitar á la disciplina; por último, con el alejamiento de la mar, de que habian quedado señores, alentaron la vuelta del enemigo, que, si bien fracasó en el intento de sentar el pie en Cerdeña, rechazando infantería y caballería del país el desembarco ², se apoderaron sin dificultad de Puerto Longone, en la

¹ Véase el apéndice de este capítulo.

² Según noticia del *Memorial Histórico* (t. XVIII, pág. 279), aportaron á Cerdeña 140 tartanas con materiales de construcción para un fuerte. Los de la isla les hicieron bastantes prisioneros y ahuyentaron al resto con pérdida.



isla de Elba, y de Piombino, ciudad opuesta en el Continente, dirigiendo la expugnación el mariscal de la Meilleraie ¹.

El Rey significó su descontento ordenando al almirante Pimienta que sustanciara causas y procediera al castigo riguroso de los oficiales que hubieran faltado á sus deberes ², principio de la investigación que alcanzó á los jefes: relevados de sus cargos y presos el mismo Pimienta, el Conde de Linares, el Marqués del Viso, que lo era ya de Santa Cruz por fallecimiento de su padre ³, el Marqués de Bayona y don Pablo de Contreras, almirante de la armada del Océano, sustituyéndoles en interin con títulos de gobernadores: en los navíos, D. Jerónimo Gómez de Sandoval; en las galeras de España, D. Luis Fernández de Córdoba, y Juanetín Doria en las de Nápoles.

Por remedio más eficaz contra el desquiciamiento de la armada determinó el Rey nombrar gobernador general de todas las fuerzas marítimas á D. Juan de Austria, su hijo natural, habido en una cómica, dándole latas instrucciones y grandes poderes ⁴; y aunque la decisión pareció en remedo del eximio vencedor de Lepanto, produjo muy buena impresión en el ánimo abatido de los marinos, pensando que la presencia del Príncipe en los bajeles, por su mismo decoro, exigiría que se reforzasen los armamentos y se dieran con preferencia los recursos solicitados por los almirantes.

Casi al mismo tiempo se circulaba ordenanza exponiendo que, mostrados por la experiencia los daños que se siguen de la discordia entre los generales de las escuadras, habiendo de entenderse que D. Juan de Austria mandaría absolutamente en ambos mares, estando á su elección embarcar en las galeras ó en los bajeles, como mejor le pareciese, declaraba: que el

¹ *Memorial Histórico*, t. XVIII, pág. 449, y t. XIX, pág. 87. Pietro Giannone da por averiguado, en su *Istoria civile del regno di Napoli*, que el principe Niccolo Ludovisio tenía 80 hombres de guarnición en Piombino, y que en Portolongone, lugar más importante que Orbitelo, no había provisiones.

² *Colección Sans de Barutell*, art. 3.º, números 981 y 983.

³ Don Álvaro de Bazán, segundo Marqués de Santa Cruz, finó en 20 de Agosto de 1646, á los ochenta años de edad.

⁴ Título é instrucciones llevan fecha 28 de Marzo de 1647.



puesto de capitán general del mar Océano y el de capitán general de las galeras de España se habían de reputar por cargos iguales. En los casos de juntarse las galeras y la armada del mar Océano, el capitán general de las galeras de España tendría el mando superior en el Mediterráneo, gozando de la misma prerrogativa en el Océano el capitán general de la armada de este mar. La graduación y precedencia de las escuadras de galeras sería, después de la de España, Nápoles, Sicilia, Cerdeña y Génova; estableciéndose entre las reglas las de alternativa de los almirantes generales, tenientes generales, maestros de campo, etc. ¹.

Se eligieron por consejeros del Príncipe, en lo concerniente á galeras, á D. Melchor de Borja,alzada la pena á que fué sentenciado por no acudir al socorro de Rosas ²; en lo relativo á bajeles, al almirante D. Sebastián de Echevarría, que había servido en los mares de Flandes y sufrido prisión en Holanda ³, y se procedió á la reorganización de las fuerzas con la posible actividad, sin desatender á lo de urgencia, que por entonces era el despacho de la escuadra de Masibradi en auxilio de Venecia, cumpliendo lo ofrecido ⁴, y al socorro de la Mámora, enviado por el Duque de Medinaceli, con oportunidad de hacer levantar el sitio puesto por los moros ⁵.

No pudo salir la armada de Cádiz tan temprano como el año anterior por el mayor esmero en aderezarla; hizolo el 6 de Mayo, inaugurando D. Juan de Austria su gobierno con la fuerza no pequeña que componían 32 bajeles de guerra, 8 de fuego con unos 8.000 hombres de mar y guerra, más 6 galeras de España, escolta de la Real, en que embarcó el Príncipe, adelantándose á pasar el Estrecho, donde hizo la primera presa de un navío francés de poco porte. En Cartagena

¹ Publicada en mis *Disquisiciones náuticas*, t. II, pág. 56.

² Condenósele en 20.000 ducados, privación de oficios y cargos, diez años de castillo y diez de destierro, según Novoa, lib. XIV, pág. 218; en 20.000 ducados y servicio de campaña por seis años en un presidio «por poco ánimo en la ejecución de lo que importaba», por las noticias del *Memorial Histórico*, t. XVIII, pág. 253.

³ *Colección Sans de Barutell*, art. 2.º, núm. 134.

⁴ Real cédula en la *Colección Navarrete*, t. X, núm. 35.

⁵ Carta del Duque á S. M. La misma *Colección*, t. VII, núm. 30.



se le incorporaron tres galeras de Génova; en Tortosa y Vinaroz desembarcó la mayor parte de la infantería para operar en tierra, hasta que se levantó por los franceses el sitio de Lérida, en cuyo tiempo escaramuzaron las galeras por la costa.

Hubo nueva alteración de personal por fallecer de enfermedad en la capitana D. Jerónimo Gómez de Sandoval ¹, al que sustituyó Pimienta, nombrado al mismo tiempo que don Martín Carlos de Mencos para la escuadra de Nápoles. De la de Masibradi llegaron ocho navíos regidos por su almirante Juan Miguel Balaque; se agregó asimismo el Marqués de Santa Cruz con una galera de Génova, quedando muy aumentada la armada y á punto de salir en busca de las de Francia y Portugal, que se decían unidas, cuando llegaron avisos seguidos de disturbios en Sicilia, y de más grave alteración en Nápoles.

Allá se decidió enderezar el rumbo, haciendo escala en las Baleares por comodidad de las galeras, que aun así no pudieron guardar la conserva de las naves al atravesar hasta Cerdeña, de modo que sin ellas llegó el Príncipe á la capital del reino, que en situación verdaderamente grave se encontraba. ²

Por cuestión de impuesto ó gabela sobre la fruta, habíase producido en el mercado tumulto, que fué creciendo en pro-

¹ Acabó de mal de orina el 12 de Junio: llevaron su cuerpo en depósito á Valencia. Legó á D. Juan de Austria una carta de marear muy primorosa.

² Don Pedro de la Mota y Sarmiento, mayordomo, escribió con minuciosidad *Diario de lo sucedido en la navegación que hizo S. A. el Serenísimo Señor Don Juan con la armada real del mar Océano desde Cádiz, donde se embarcó, hasta que tomó posesión del gobierno y virreinato de Sicilia, en Mesina*. Hállase Ms. original en la Biblioteca Nacional con la signatura G. 3, y he tenido á la vista la copia sacada por Navarrete para su *Colección*, t. XLIII. De los disturbios de Nápoles se publicaron varias relaciones é historias particulares en el número la titulada *Tempestades de la ciudad y reino de Nápoles en el año de 1647, por D. Pablo Antonio de Tarsia*. León de Francia, 1647, en 4.º Con presencia de otras y de las generales de Parrino y Giannone, así como de documentos manuscritos, compiló el duque de Rivas, don Angel Saavedra, la más moderna, *Sublevación de Nápoles capitaneada por Masaniello, con sus antecedentes y consecuencias, hasta el restablecimiento del gobierno español*. Madrid, 1848, dos tomos en 8.º La *Colección de tratados* de Abreu y Bertodano contiene varios de interés para el estudio de las transacciones con los rebeldes.



porciones, por la odiosidad que el virrey, Duque de Arcos, se había granjeado. Vióse en la necesidad de encerrarse en los castillos con la guarnición española, dejando á la ciudad en poder del pueblo, que pronto tuvo refuerzos del campo y se acabó de desmandar, cometiendo toda especie de violencias.

Los encuentros con destacamentos aislados de tropa, que pudieron desarmar, acabaron de insolentar á los bullangueros, hasta el punto de intimar al Virrey la entrega de los castillos y de sitiarnos, sabida la negativa. Mas de 150.000 hombres ¹ provistos de artillería y de armas que tomaron de los depósitos, se fortificaron en distintos cuarteles y puntos fuertes, haciendo del torreón del Carmen principal ciudadela y arsenal.

Habían transcurrido tres meses de hostilidad, alumbrando cada noche el incendio de alguna casa, y corriendo cada día la nueva de las muertes y atropellos cometidos, cuando don Juan de Austria se presentó con la armada. Algunos comisionados del pueblo le visitaron y ofrecieron sumisión favorablemente impresionados con su juventud y gallarda figura; otros, los más osados y comprometidos, contrarrestaron la inclinación de los primeros, esterilizando los medios conciliatorios puestos en juego; imponiendo su fuerza, anunciando el auxilio de la del rey de Francia, con el que se habían puesto en inteligencia, y agitando las malas pasiones con la perspectiva de la represión, y del castigo que caería sobre inocentes y culpables.

El Duque de Arcos instó al Príncipe á emplear el recurso de las tropas de su mando, que desembarcaron en los castillos, atacando por las calles á tiempo que navíos, galeras y baterías de las fortalezas rompían el fuego, como se hizo en los días 5 al 7 de Octubre. En los primeros momentos sobrecogió á los alzados el estruendo del cañoneo, mas no tardaron en advertir que el daño sufrido por las casas llegaba poco á las personas, y que el empuje de los soldados, pocos en número y á pecho

¹ Giannone.



descubierto, se quebraba en las barricadas y obstáculos de las calles, cayendo sobre ellos diluvio de proyectiles desde las techumbres.

Días de horrible lucha, de estrago y sangre fueron aquellos, en que disparó la armada 16.000 balas, sin conseguir el resultado que el Virrey se prometía. Lejos de ello, los tibios y los indecisos hicieron causa común con los que los excitaban; la sublevación pasó á ser rebelión declarada, proclamándose los jefes del pueblo en república independiente bajo la protección del rey de Francia.

El 14 de Noviembre acudió al llamamiento Enrique de Lorena, Duque de Guisa, llegando á Torre del Greco en falucas caboteras, con pocas personas de acompañamiento y menos dinero del que esperaban sus partidarios. Joven de más pretensiones que entendimiento, no acertó, por otro lado, á granjearse la estimación de la masa que le rodeaba, mezcla de menestrales y bandidos, ni siquiera á conseguir el beneplácito de su Rey natural, creyendo sencillo prescindir de tal influencia, y por la suya propia coronarse.

No se había perdido de vista en Francia, ciertamente, el movimiento de insurrección, en lo que podía servir y ayudar á los planes políticos, por lo que aliento y ofertas no faltaron á los emisarios de los rebeldes que solicitaban protección. En los primeros días del motín, ó sea el 1.º de Abril, partieron del canal de Piombino cinco navíos de guerra y dos de fuego con propósito de aprovechar las circunstancias, incendiando 13 navíos y 12 galeras que desarmados estaban en la dársena de Nápoles; intento prematuro; avistados los bajeles por los vigías, se apresuraron á embarcar nobles y caballeros napolitanos, ahuyentando á los franceses. Desde entonces se tomaron precauciones en la mar, siendo una el armamento completo de la almiranta, que quedó en el puerto en disposición de dar la vela. En la noche del 12 de Mayo, sin que jamás se haya sabido cómo, voló, iluminando el espacio, desapareciendo con ella 400 hombres y 300.000 ducados que por seguridad se habían puesto abordo. ¹

¹ Parrino-Giannone.



Posteriormente fueron barcos ligeros con armas y despachos. Juanetín Doria tuvo la suerte de apresar dos pataches con carga de más valor, con dinero, y á esto se limitó la gestión de la marina francesa antes que llegara D. Juan de Austria. Habiéndole seguido la escuadra de galeras de España y la de Génova, en que iba á prestar excelente servicio el anciano Duque de Tursi, á la par de su hijo Juanetín y de su nieto Carlos, Príncipe de Avela, el puerto, y aun la costa del golfo, estuvieron resguardados, teniendo en peligro la comunicación exterior de los rebeldes.

En los primeros días de Diciembre reinaron fuertes temporales que pusieron á prueba el aguante de los navios en el fondeadero desabrigado que tenían: uno de los de fuego se estrelló contra el muelle, siendo raro el que no partió cables ó anclas. Las galeras, como buques de menos resistencia, buscaron refugio en Baia, y algunos de los menores pasaron á Castellamare, formando tres grupos separados, bien ajenos á la contingencia inmediata de aparición del enemigo.

Se avistó la armada francesa el 18, contando los vigías 39 navios de guerra y cinco de fuego. Si en el momento hubiera atacado á la nuestra, desapercibida como estaba, la hubiera destruído. Toda la infantería con parte de la artillería estaba en tierra cubriendo las obras exteriores de los castillos; apenas había en los bajeles 100 hombres de mar como guardia indispensable. Empero el Duque de Richelieu, Almirante de la dicha armada, estaba encargado de poner en tierra 4.000 soldados que dieran calor á la rebelión, y para verificarlo fondeó en la punta de Posilipo, poniéndose en comunicación con los jefes populares, y como quiera que ellos, y acaso más el Duque de Guisa, se negaron á entregar á los recién llegados el torreón del Carmen, gastando el tiempo en conferencias y réplicas con que dieron á conocer la torpeza suspicaz de ambas partes, la tropa no desembarcó, y nuestra armada pudo juntarse, meter abordo los cañones y soldados y ponerse á la vela el día 21, en demanda de la de Francia, llevando 30 navios de guerra, siete de fuego y 12 galeras. El tiempo revuelto y lluvioso no favoreció á las maniobras en-



derezadas á ganar barlovento; consiguióse en parte el siguiente día, alcanzando ocho navíos de la vanguardia á cortar la línea de los franceses, y cañonearlos durante tres horas en combate parcial, interrumpido por los chubascos.

Lo mismo en esta acción que en la escaramuza á que provocaron las galeras el día siguiente, mostró la armada francesa decisión de esquivar el encuentro serio, haciendo lo que los nuestros calificaban de *guerra galana*, y poniendo especial cuidado en no dejarse abordar. El cañoneo lejano en la misma forma se repitió los días 28 y 29, acabando por tomar el largo los franceses, y volver hacia la costas los nuestros.¹

Entrado el año 1648 sin variación en la ciudad de Nápoles, donde de trinchera á trinchera había diario tiroteo, decidió D. Juan de Austria tomar el gobierno, embarcando al Duque de Arcos para España. Tras la medida, que satisfacía y alegraba al pueblo, reanudó los tratos, atrayéndose á la clase media, harta ya del desorden, por ser la que más lo pagaba.

En Marzo llegó D. Iñigo Vélez de Guevara, Conde de Oñate, nuevo Virrey, con recursos de que había gran necesidad; arribó también de España un galeón con 470 infantes, empezando á tomar los asuntos aspecto más agradable. Como ocurriera al Duque de Guisa embarcar en falucas de pescadores 5.000 de sus más decididos secuaces, con objeto de

¹ Conocido el espíritu de los historiadores franceses por referencias anteriores, y su teoría de que «toute bataille livrée sur mer était une bataille gagnée», no ha de sorprender que cataloguen triunfos alcanzados en el golfo de Nápoles. Mr. Guérin refiere que Mr. Paul, acudiendo desde Piombino en 15 de Abril de 1647, con seis naves, hizo en el muelle mismo de Nápoles presa de consideración (*de plusieurs bâtimens à l'ancre*), y puso en jaque á la armada española, haciendo proezas, pero tuvo que limitarse á perseguirla á cañonazos; y estando varias veces á punto de alcanzar victoria célebre, alguna circunstancia, ya el viento, ya la calma se la estorbó (*Histoire maritime*, t. III, pág. 55). Llegó posteriormente Mr. Armand de Vignerot Duplessis, Duque de Richelieu, con escuadra de 30 navíos de guerra, los consabidos de fuego y tres galeones portugueses. Llevaba instrucción de no intervenir decisivamente, y se limitó á incendiar cinco navíos en Castellamare, y á batir á la armada española, echando á fondo tres ó cuatro de sus navíos, matándole 400 hombres sin pérdida propia de más de 150. Una tempestad las apartó, volviéndose á Francia la suya por falta de víveres. Tales son las informaciones de Mrs. de Boismele, Martin, y Guérin.



apoderarse de la isla Nisita, dejándole marchar sin oposición, dieron á la vez brava acometida á las trincheras D. Juan y el Virrey por distintas partes, arrollando los obstáculos, ocupando los puntos más fuertes, llevando tras sí á una gran parte del pueblo que gritaba: «¡Viva la paz! ¡Viva el Rey de España!»

«Día glorioso, escribió un testigo ¹: lograron los soldados lo padecido en seis meses continuos de guerra, la más desacomodada que se ha visto en estos tiempos, pues les faltaron los bastimentos, los vestidos y zapatos, leña y municiones, embestidos de infinita multitud del pueblo por tierra y de toda la armada francesa por mar, sin perder nunca puesto ni dedo de tierra de lo ganado, habiendo muchos que hicieron posta en las trincheras de noche y de día todo este tiempo sin mudarlos.»

«No más de 3.000 hombres, dice otro escritor local ², redujeron aquel pueblo innumerable.»

Los sufrimientos en la mar no fueron menores, habiendo tenido que atender la escuadra á la provisión de los leales, buscando víveres en Gaeta, en Génova y en Sicilia, cuidar del bloqueo, procurar faginas y otros materiales de defensa, y todo ello con poquísimos brazos, por dejar los más en las trincheras. Por esta causa, en ocasiones sucesivas, se alzó la chusma en tres galeras de las de Nápoles, despedazándolas en tierra para unirse con los rebeldes; tres navios de los menores que cargaban trigo en Castellamare fueron incendiados al aproximarse la armada francesa, á fin de no caer en su poder, faltos de defensa como estaban.

Preso el Duque de Guisa, adelantando la pacificación en todo el reino en términos de poder despachar la armada para España y parte de la infantería á Milán, volvió á presentarse en el golfo la de Francia en el mes de Junio, con 36 navios y 18 galeras, con objeto de reanimar las chispas de la sedición ocultas entre la ceniza. Intentó con mal éxito desembarco en

¹ Don Pedro de la Mota, en el diario citado.

² Giannone, *Istoria civile*.



Torre de la Anunciata; experimentó repetido desengaño en la isla Ischia. En segunda jornada por el mes de Agosto, en que figuraba el príncipe Tomás de Saboya, no tuvieron mejor suerte, aunque tomaron la isla Procita y saltaron en tierra del golfo de Salerno, donde se les unió un cuerpo de bandidos. Brevemente abandonaron los puertos, volviendo á su país con pérdida de alguna gente. La escuadra del mando de Pimienta, que regresó á fines de Agosto trayendo 24 navios de guerra y 8 de fuego, no tuvo por entonces otro servicio que la conducción del príncipe D. Juan á Sicilia y asistencia á las fiestas con que tomó posesión del virreinato en Mesina el 27 de Septiembre.

APÉNDICES AL CAPITULO XIX.

NÚMERO 1.

Batalla de Orbitelo.

Hizo ruido en la corte la campaña de Toscana en 1646, no tanto por las peripecias del sitio y las de la batalla naval, como por la desavenencia entre los jefes de nuestras escuadras, que en poco estuvo cambiara en desdicha la fortuna. De ellas pudo el público imponerse, porque, á más de las relaciones generales que del suceso, como de los notables, se dieron á luz, se imprimieron los despachos oficiales del general Francisco Díaz Pimienta y del Marqués del Viso, distribuyéndose seguidamente narración anónima mucho más extensa, que puede suponerse escrita ó inspirada por el referido Marqués, toda vez que comprende su correspondencia con el Conde de Linares, con el almirante Pimienta, el Marqués de Torrecuso y Carlo de la Gatta, documentos que le proporcionan el mayor interés. Censura sin rebozo el proceder del General en jefe y el del Almirante general, indicando que por ellos se hubiera perdido la plaza, y que sin duda se perdió la gloria de victoria decisiva en la batalla naval el 14 de Junio, de la que



ambos se apartaron sin dar órdenes, dejando á los capitanes sin saber qué puesto les tocaba ni lo que habían de hacer ¹.

Parece que se publicó igualmente por entonces escrito del Marqués de Bayona, insertando las cartas que dirigió al Conde de Linares, instándole con repetición al socorro de Orbitelo y ofreciendo su persona por la práctica que en acciones de guerra terrestre tenía adquirida, así como las evasivas del General, cortésmente disimuladas, y sus elogios al consejero ².

Á uno y otro papel contestó el Conde de Linares, sin dar su nombre, sincerándose de las inculpaciones y descargando la responsabilidad por la que se le hubiera exigido perdiendo la armada ³.

Don Jerónimo de Aznar, Maese de Campo general dentro de Orbitelo, dió á la estampa el mismo año relación circunstanciada de cuanto ocurrió en los setenta días del sitio, desde la apertura de las trincheras, batería, brechas, asaltos, salidas de los sitiados, ingenios con que apuraron la defensa, victoria final y elogio del Gobernador.

Otra más extensa compuso posteriormente el coronel D. Pedro de la Puente, instado de persona de significación, empezando por describir el lugar é historiar antecedentes. Puntualizó las operaciones, los intentos de socorro; el desembarco de soldados de la armada al mando de Pimienta, entre los que pelearon valerosamente y en primera fila, D. Antonio y don Lope de Noroña, hijos del Conde de Linares, y D. Nicolás Doria, que lo era del Duque de Tursi; el envío sucesivo de gente por mar y tierra, que hizo desde Nápoles el virrey Duque de Arcos hasta componer 5.000 infantes y 2.000 caballos; la retirada del príncipe Tomás, dejándose en el campo artillería, enfermos y heridos; la apreciación en 7.000 infantes y la mitad de los jinetes de las pérdidas de Francia; por fin, el estado en que quedó la plaza, contando 250 defensores.

Los historiadores coetáneos utilizaron estos papeles entre las fuentes de información que se proporcionaran, advirtiéndose en el tratado de Novoa que siguió fielmente al maese de campo Aznar, en cuanto dice de la plaza; relativamente á la armada es más amplia la disertación y conviene transcribirla ⁴.

«Afrontadas las armadas se estuvieron acañoneando hasta las cinco de la tarde de aquel día, porque entre los Generales de armada y galeras se despertó rigurosa y perjudicial competencia, como suele acontecer, para destrucción de empresas, y en que España ha recibido ruinas sin encareci-

¹ Copia en la *Colección Navarrete*, t. VII, núm. 26.

² Extracto en la misma *Colección* y tomo, núm. 36.

³ No he visto el impreso: cítalo el *Memorial Histórico*, t. XVIII, pág. 368.

⁴ Del libro XIV, pág. 246.



miento y efectos peligrosos, sobre quién había de gobernar la facción. El Conde de Linares, de nación portugués, quería descollarse sobre todos ¹: decía que á él le tocaba como General de las galeras de España; el Marqués del Viso, que él lo era de Nápoles, en cuyo reino estaba, y que había de preceder y le pertenecía, y sospecho que seguía este parecer el Benavides (Marqués de Bayona), como pariente, y que lo era de las de Sicilia; el Pimienta decía que al hacer de general de aquella armada real, que no quería ni podía estar á orden de nadie, y embistiendo con la capitana francesa, le huyó, y con ella toda la armada, y queriéndola seguir, se halló desarbolado de un balazo, con que se embarazó y paró; mas después se supo que de otro de nuestra capitana mató al General francés. Las galeras, dicen, siguieron la derrota de la Margarita, puerto en la costa de Francia de aquel mar: el Linares, sin elegir mejor consejo y el que pedía el caso, se volvió con sus galeras á los puertos de Valencia; envió su hijo á Zaragoza á dar cuenta al Rey de su viaje y de su determinación, que no quiso oír, y obrando como mal servido, quitó las galeras al Linares y las dió á D. Luis Fernández de Córdoba, y aun los demás están amenazados de residencia y castigo, porque, en el mejor sentir de todos, si no hubieran entrado en discordia, emulación y competencia, pudieran haber tomado y deshecho aquella armada.... Sin embargo, fué la fuga de la armada enemiga de grande afrenta para Francia, y que no se hizo más (de grande gloria para España), prez y honra de Italia, fortuna al fin y desgracia de armadas, en que por algunos años hemos padecido; quisieran que le hubieran quemado, pues se llevaban navíos de fuego, ó preso toda la francesa y dado esta victoria al mundo. Culpaban al general Pimienta y á tonos los demás, y que si era la dificultad y el impedimento hallarse sin un árbol, que hubiera hecho capitana de otro bajel, seguido y concluído el fin prósperamente; mas donde se huye no se puede hacer nada; hagámosle ó sírvales esta defensa á los que han trabajado, que sin duda no les debió de faltar el valor y los deseos, particularmente en Cabos de tanta calidad.»

Otro escritor, que á la sazón estaba en Nápoles cuidando el hospital de la armada ², y oyó sin duda á los heridos descripción de la batalla, la trasladó en estos términos:

«Al amanecer parecieron las armadas en dos hermosas medias lunas, con tan diversas empavesadas y estandartes, tan hinchadas de velas y tan

¹ Y le correspondía: lo declaró el Rey, algo tarde, en cédula dirigida al Marqués del Viso, de Zaragoza, á 15 de Julio de 1646, confirmando las Ordenanzas vigentes. *Colección Navarrete*, t. VII. núm. 35.

² *Comentarios del desengañado, ó sea vida de Don Diego Duque de Estrada escrita por él mismo. Memorial Histórico*, t. XII, pág. 479.



esparcidas, que, formando un vistoso anfiteatro, enamoraron la vista, dieron ánimo á los corazones y se prometieron la victoria, haciendo más hermosa el alba que el mismo sol. A las seis de la mañana, á los 14 del mes, se hallaron tan cerca, que fué necesario pelear; pero en el primer encuentro conoció la armada francesa cuán inferiores fuerzas tenía para combatir, siéndole deshecho el orden de su media luna y perdiendo un bajel. Adelantándose después el general Pimienta, seguido de otros bajeles, desordenó todo el cuerno siniestro del enemigo. La capitana de nuestros galeones, llamada *San Jacobo* ó *Santiago*, la almiranta, llamada la *Trinidad*, *San Martín* y otras de la armada real parecían otros tantos Monjibelos, ó sea volcanes que con setenta Tifeos y Encelados gigantes vomitaban sus vulcánicas llamas y balas ardientes, descargando de los costados en un punto 800 balas de mosquetes, que, con los espantables truenos de la artillería, hicieron bramar el mar, temblar la tierra, huir los peces en sus cóncavos, quitando el humo la vista del cielo, y viéndose sólo en las ondas los flujos sanguíneos, los árboles de los bajeles rotos, las antenas despedazadas, las tablas hechas astillas, las vigas fracasadas, las velas rotas y el jarciamen deshecho. Entre los bajeles más maltratados lo fueron el galeón llamado el *León rojo* y el *Caballo marino*. Presagiaban los nuestros la victoria y resonaba la gloriosa muerte del general Duque de Fronsach (Armando de Maillé-Brezé) y de tantos capitanes, soldados y marineros; pero recibiendo nuestra capitana en el combate un cañonazo en el árbol de trinquete de la gavia maestra, que quitó el mastelero mayor, y observado por el enemigo, embistió luego con un bajel de fuego; pero socorrido por el Conde de Linares, General de las galeras de España, le sacó de la zufa remolcándole, y el bajel de fuego del enemigo se quemó á sí mismo, sin ningún efecto.....»

Las cartas de noticieros de la corte nos han conservado comentarios de corrillo que hacen al caso ¹:

«Lo que hay de cierto de nuestra armada, es que perdió las dos mejores ocasiones, que jamás tendrá, de pelear con los franceses. En justicia, lo que se hizo fué poco; echámosles una galera á pique; tomámosles otra y 80 barcones. Murió su general, y está fué pasando dos veces por delante de nuestra armada, sin haber obrado cosa más considerable, habiendo podido destruir la de Francia. Deseará V. R. saber la causa: ésta ha sido discordia entre los Generales. El Conde de Linares, conforme á las órdenes que de S. M. tenía, quería pelear, y Pimienta decía haría lo que se le ordenase, que á todo estaba dispuesto. El Marqués del Viso, General de las galeras de Nápoles, y, por consiguiente, de la demás armada de aquel

¹ *Memorial Histórico*. t. XVII, pág. 367.



reino, decía tener orden del Virrey de Nápoles de sólo socorrer á Orbitelo. Con estas demandas y respuestas pasó la armada francesa delante de la nuestra, sin que nosotros hiciésemos nada, y se fué en salvo á sus puertos. El de Linares se enfadó y se vino; Pimienta se retiró á un puerto nuestro, y el del Viso se fué á Nápoles, aunque después volvió al socorro de Orbitelo. Hálo sentido grandemente S. M., y con todo eso no sé si se ha de hacer la demostración que conviene en caso tan grave, para escarmiento de otros. El hijo del de Linares fué á dar cuenta de todo á S. M.; unos dicen que no le dieron audiencia, otros que sí, mas que fué oído con poco gusto de S. M. Linares está en Vinaroz con su escuadra de galeras; el del Viso culpa á Linares, que no dió órdenes como debía, y á Pimienta que, diciéndole bornease su navío para embestir con el enemigo, no lo hizo, diciendo tenía poca gente; Linares culpa al del Viso, que no obedió, y así anda todo.»

Que la demostración se hizo tan luego fueron llegando á la corte las informaciones indica la misma colección de cartas, diciendo una ¹:

«Al Conde de Linares traen preso; fué por él á la raya de Castilla un alcalde de casa y corte. Pimienta ha enviado á S. M. los requerimientos que por varias veces hizo al Conde de Linares de que pelease y le remolcase con sus galeras los navíos para tomar él el viento y arremeter al enemigo, y dicho Conde se cerró y no lo quiso hacer.»

Quizá la circunstancia de ser portugués empeoró su causa ante la opinión pronunciada contra él principalmente, suponiéndole instigado por móviles pequeños de personalidad ², sin que le faltaran amigos y defensores, siendo de señalar entre las piezas de descargo la certificación de los oficiales reales de las galeras de España, haciendo constar que estuvo la gente con mermada ración por transcurrir tres meses sin recibir recursos de ninguna especie, y que prestó el Conde 12.000 reales de su bolsillo para comprar algún bastimento ³.

En el proceso se le hicieron diez y seis cargos graves, incluso el de la pérdida de Portolongone, por haberse venido á España con las galeras y despachado á los navíos, y habiendo sido absuelto en primera instancia, lo mismo que los otros Generales, apeló el fiscal pidiendo la revocación de la sentencia, y abrió nuevos procedimientos voluminosos, de que se conserva la esencia en libro impreso titulado ⁴: *Memorial del pleito criminal que el se-*

¹ *Memorial Histórico*, t. XVIII, pág. 397.

² De ellos hice resumen en mi *Discurso de recepción en la Academia de la Historia*. Madrid, 1881.

³ *Colección Vargas Ponce*, leg. XXVI.

⁴ Ejemplar en la Biblioteca Nacional, sala de Varios, Felipe IV, paquete núm. 48.—112 folios.



por D. Martín de Larreategui, del Consejo de Su Magestad, que por particular decreto suyo hace oficio de fiscal en él, trata en Junta contra el Conde de Linares, D. Miguel de Noroña, que sirvió el puesto de Capitán general de las galeras de España el año 1646. Y el Marqués de Santa Cruz y el Viso, D. Álvaro de Bazán, Capitán general de las galeras de Nápoles, y el Marqués de Bayona, D. Enrique de Benavides, Capitán general de las del reino de Sicilia, y el capitán general D. Pablo de Contreras, que sirvió el puesto de Almirante general de la armada real del mar Océano, sobre lo que obraron en la campaña del dicho año de 646, en virtud de las órdenes que tuvieron de S. M. para pelear con la armada de Francia en los mares de Italia en la ocasión de la plaza de Orbitelo.

Á Pimienta se había formado otro proceso notado en la *Biblioteca Marítima*, de Navarrete, t. 1, pág. 307, con el *Discurso militar y legal de don Cristóbal Moscoso, fiscal del Consejo de Indias, contra Francisco Pimienta, sobre haber desamparado las naos de la flota de que era Almirante*.

Veamos en parangón, que el caso lo merece, las apreciaciones de los escritores contrarios.

Mr. de Boisnele ¹, el más antiguo, da por averiguado que sus compatriotas tuvieron la mejor parte en la función: «Brézé, viendo la victoria asegurada, perseguía al enemigo con ardor heroico, cuando una bala de cañón le llevó la cabeza; y no fué esto lo peor: el Conde D'Ognon, Vicealmirante, no creyó conveniente continuar en el crucero y se retiró á los puertos de Provenza. Su marcha dejó á Orbitelo abierto por la mar; hubo que levantar el sitio.»

Mr. Jal, biógrafo de Du Quesne, igualmente informado, asegura que la victoria fué de los franceses, aunque el almirante Pimienta escribiera lo contrario.

Tal es también la opinión del acreditado historiador Mr. Henri Martín, no ya en esta ocasión, sino en todas. Era cosa sabida: «batalla con los españoles, batalla ganada» ², en razón á que Dios no llamaba á esta nación fastuosa y frágil por semejante camino ³.

¹ *Histoire générale de la Marine*, t. II, pág. 412.

² «Toute bataille livrée sur mer était une bataille gagnée.» Mr. H. Martín. *Histoire de France*, 4.ª edic., t. XII.

³ «Cette puissance fastueuse et fragile n'avait jamais reposé sur la seule base solide, sur le génie maritime, sur la science et l'amour de la mer, mais seulement sur le nombre et la force matérielle des navires.» Tomo XI, pág. 494. ¿Qué dijera Mr. Martín, á tener noticia de un documento existente en nuestra Biblioteca Nacional (II. 61, fol. 41): *Carta escrita de Alassi á un caballero milanés sobre el primer tentativo de la armada francesa*, año de 1636 en que se contiene este juicio: «La Francia no ha nacido para la mar.»



Con estos antecedentes no había de ser Orbitelo excepción para los franceses: triunfaron como de costumbre ¹.

Mr. León Guérin, historiador pericial, lo ha explicado dos veces ², si no con el testimonio de documentos, como al presente se estilaba, con su apreciación personal, respetable sin duda, pero opuesta á cuantas relaciones existen en nuestros archivos.

«Brézé, dice ³, se presentó el 20 de Mayo de 1646 en la proximidad de Monte Argentaro; desembarcó alguna tropa en la provincia inferior de Siena, ocupada por los españoles; se apoderó rápidamente de Telamón, Salinas y Santo Stefano, y puso sitio á Orbitelo, ciudad situada sobre un lago y unida al continente por una lengua de tierra. Era ésta la única parte por donde podía expugnarse y la que los españoles defendían con perseverancia. Su resistencia dió tiempo al Virrey de Nápoles para enviar al socorro de la plaza escuadra mucho más fuerte que la de Francia, escuadra mandada por D. Antonio de Pimentel (*sic*), que apareció frente á Telamón el 14 de Junio. Brézé, sin preocuparse de su inferioridad numérica, aceptó la batalla. Hubo cañoneo, que duró tres horas, durante las que los españoles tuvieron buen cuidado de no ponerse al alcance de abordaje, conociendo la superioridad de sus adversarios en este género de lucha ⁴. Sin embargo, la victoria de los franceses parecía asegurada, cuando el jefe de la armada recibió una bala de cañón en el vientre..... Una borrasca separó á las escuadras, obligando á una a retirarse á Nápoles, y á la otra á los puertos de Provenza. Una parte de la francesa volvió á la mar, si bien fué para reembarcar la infantería del príncipe Tomás, obligado por las enfermedades y por la llegada de un formidable ejército enemigo á levantar el sitio de Orbitelo el 18 de Julio de 1646. El Príncipe, á la cabeza de la caballería y el sable en la mano, se abrió camino á través de Toscana.»

El historiador de la marina francesa, Mr. Guérin no peca, como se ve, ni de difuso ni de escrupuloso: en buen hora piense con sus compañeros en historia que los franceses triunfaron navalmente en Tarragona, en Barcelona y en Orbitelo, consintiéndonos repetir la frase del P. Mariana: «Así vencen siempre los enemigos de España.»

¹ «Comme de coutume, la victoire leur resta.»

² *Les marins illustres de la France*, París, 1845.—*Histoire maritime de France*, París, 1851.

³ Tome troisième, pág. 49.

⁴ Porque se entienda bien, repite en otro paraje que «les français à l'abordage valaient tous les peuples du monde».



NÚM. 2.

Instrucción que dió el Sr. D. Juan de Austria en el puerto de Tarragona, a 26 de Julio de 1647, para los cabos y gobernadores de la armada del mar Océano, de la orden que habían de observar en el viaje desde aquel puerto á los mares de Italia.

Don Juan de Austria, etc.—Advertidos los cabos y gobernadores de los navíos de la Armada del mar Océano, que mi persona se ha de embarcar en la capitana real de ella, en caso de batalla guardarán la orden siguiente:

Siendo tan incierta y sujeta á varios accidentes en la guerra la observancia de los lugares que se señalan á los navíos en la batalla, y tan difícil prevenirlos todos, se guardará por orden general que luego que se descubra la armada enemiga, quier se haya de buscar á popa ó á la bolina, se siga el bordo que hiciere la real con la buena orden y unión que encargo se navegue de continuo, sin distar unos navíos de otros más que lo necesario para marear á diferentes rumbos como los tiempos y ocasiones requieran, y manejar su artillería sin embarazarse los unos á los otros, que siempre halle la enemiga esta armada en la buena disposición y unión que conviene, y en esta forma harán fuerza de vela todos los navíos della por alcanzarla y abordar los que más anduvieren á los que primero alcanzaren, proporcionado (en cuanto los casos lo permitan) el porte y las fuerzas de nuestros navíos á los que abordaren, que es buscando los mayores á los mayores, reservando la capitana y almiranta de la armada enemiga para que nuestra capitana y almiranta las aborden, siguiendo á la capitana para abordar á la enemiga, los galeones *San Martin* y *San Marcos*, que siempre navegarán cerca de ella, y si en la caza pudieran adelantarse y abordarla primero lo harán, porque no se pierda ocasión, procurando ceñirse del árbol mayor para proa para dejar á la capitana el cuartel de popa para que pueda amarrarse á las mesas mayores, y no siendo posible se arrimará por fuera de los dos navíos para pasar con su gente á rendir la capitana enemiga; y para asegurar la de S. M. de navíos de fuego mientras estuviere abordada la seguirá la capitana de la armada de Dunquerque y su navío de fuego, que se quedará de barlovento á tiro de mosquete para impedir con la artillería y mosquetería que no se lleguen los navíos de fuego enemigos á quemarla, y en caso que sobrevengan navíos de guerra enemigos á abordar á la capitana, se interpondrá dándoles la carga y recibíendolos sobre su costado.

A la almiranta real seguirán los galeones las *Maravillas* y *San Juan*



del donativo, gobernándose en alcanzar y aferrar la almiranta enemiga en la forma referida, y la almiranta de Dunquerque hará la misma guardia y oficio á la almiranta real que su capitana á la real.

Si la armada enemiga huyere á popa, se dará la caza con cuidado de ir saliendo á sus navíos por la proa si los viesen abrir las velas, porque al alcanzarlos no queden á barlovento.

Si sucediere batalla antes que á esta armada se agregue la de Nápoles y las galeras de Italia, convoyarán en la caza y en la contienda á las diez de España y Génova que hoy se hallan en ella tan inferiores en número á las que tiene la armada enemiga, metiéndolas en el centro de manera que los navíos resguarden los costados de las galeras, y que navegarán en dos hileras por la popa de la capitana y sus socorros, dejando calle á los cañones de crujía, los galeones *San Joseph*, *San Jerónimo*, *Testa de Oro* y *San Juan Evangelista*, cambiando al costado de afuera por donde se pelear, todas las medias culebrinas, sacres y medios cañones de á 16 que tuvieren; y el principal cuidado de los cabos de dichos galeones, será defender las de las galeras y navíos de enemigos mientras fuese tan inferior su número, sin embarzarse á abordar como á todos los otros se ordenará, si no fuera en caso de no hallarse las galeras de Francia en la batalla, porque en éste podrán las nuestras separarse de los navíos y pelear según las ocurrencias se ofrecieren concernientes á su facultad, para que se les dará la orden, y desembarazar los cuatro referidos para que puedan obrar como todos los otros en ofensa de la armada enemiga, empezándose á socorrer á los que necesitaren de socorro, como lo han de hacer todos los capitanes de los navíos de guerra hasta morir ó vencer al enemigo.

Tendrase particular cuidado en no dar cargas de artillería ni mosquetería á larga distancia, sino en la que se reconozca que ha de obrar buenos efectos, mayormente mientras se diere caza, que siendo preciso disparar la artillería de proa, dificulta, y alguna vez imposibilita el alcance, y para conseguirlo y abordar los navíos de la armada enemiga, así los de guerra como los de fuego, se ha de hacer cuanto cabe en la posibilidad, sirviendo todas las velas, mojàndolas y quietando la gente adonde se hubiere reconocido que suele poner en andanza el navío, admitiendo que de la manera que han de ser premiados los que en valor y buena disposición (que es el fundamento de los buenos efectos) se señalaren, han de ser premiados de S. M., como yo lo suplicaré, y serán castigados con pena de muerte irremisible, los que faltando á sus obligaciones, faltaren al crédito de las armas de S. M., cuya antigua gloria en la mar espero que han de restaurar y adelantar tan valerosos caudillos, cabos y capitanes, como hoy tiene la armada.



A los siete navíos de fuego que se hallan en ella, convoyarán los de guerra siguientes:

La capitana real al *Príncipe de Orange*.

La almiranta real á la *Perla*.

Nuestra Señora de las Maravillas al *Tigre*.

San Juan del donativo á la *Caridad*.

San Martín á *San Antonio de Nápoles*.

San Marcos á *San Antonio de Dunquerque*.

La capitana de Dunquerque al *Consentimiento*.

Los capitanes de los navíos de fuego navegarán siempre junto á sus convoyes, que seguirán en la caza para que los defiendan y pongan en la disposición conveniente á su buen empleo, que hará cada uno cuando de su convoy se le ordenare, sin arrimarse á quemar navío que ellos quieran rendir por fuerza de armas; pero mientras no tuvieren otra contraria, se emplearán siempre que puedan; y porque nunca se hallen sin convoy los navíos de fuego, subcederá á los referidos, cuando (por haber abordado) no puedan convoyar, en la forma siguiente:

Al *Príncipe de Orange*, *San Salvador de Dunquerque*.

Al *Tigre* la almiranta de Dunquerque:

Al *San Antonio de Dunquerque* el *Sol de Festis*.

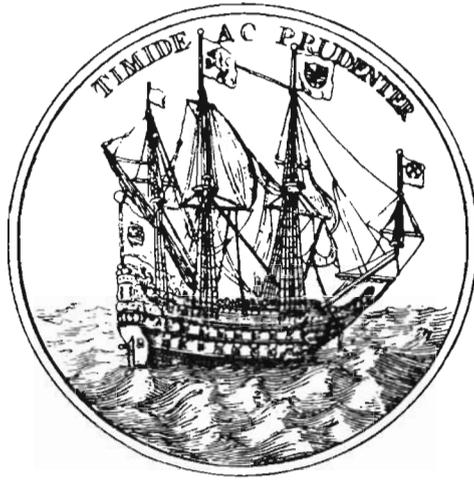
A la *Perla* la urca *San Carlos*.

A la *Caridad*, *San Salvador de Menoya*.

Y si los navíos de guerra referidos no se hallaren cerca de los de fuego para convoyarlos, los convoyarán los que más cerca se hallaren, de manera que ni se dilate ni descomponga el orden de dar caza por bien de ajustar este convoy segundo en la forma referida.

Si la armada enemiga se descubriera sotavento de la nuestra, velejarán los navíos de fuego por la proa de sus convoyes cuanto más pudieren, y si pudieren alcanzar primero que los navíos de guerra, se abordarán y quemarán con los navíos que alcanzaren, pues en los navíos de guerra que los van siguiendo tendrá segura retirada su gente.

Si se descubriera la armada enemiga por barlovento de la nuestra y cargare sobre ella con navíos de fuego, seguirá la armada el rumbo de la real, y los navíos de fuego y sus convoyes harán frente á los del enemigo, los convoyes para desaparejar los navíos de fuego de árboles y velas con la artillería, metiendo balas enramadas y palanquetas, y los de fuego para arrimarse, cuando vieren ocasión, á los de guerra enemigos que sota-ventearan dellos y de sus convoyes, que para que lo hagan, arribará la real la distancia conveniente, y si por haberse desaparejado ó faltado alguna vela á algún navío de guerra nuestro, los capitanes de los de fuego



Medalla acuñada en Holanda en celebridad de la paz de Munster.





lo vieren en peligro de que le quemie arrimándose alguno del enemigo, se abordará, cuando reconociere que lo puede ejecutar al navío de fuego que viere en tal disposición, y se quemará con él, y esto mismo harán los capitanes de los navíos de fuego siempre que se ofrezca caso que puedan salvar navío de fuego de S. M., quemando el suyo con otro navío de fuego enemigo.

Si la capitana real en el caso referido arribare de los navíos de fuego enemigos y de sus convoyes, para dar lugar á que cebados en emplear sus navíos de fuego se sotavente la enemiga, de suerte que virando pueda ganarle el barlovento alguna parte de la nuestra, ó mezclarse de manera que se puedan abordar los navíos enemigos, arribarán con cuidado de no embarazarse los unos navíos con los otros, ni arribando ni rindiendo el bordo, pues saben cuán evidente é inevitable es el peligro de los navíos que se embarazaren, teniendo cercanos los de fuego enemigos; y en este caso (que Dios no permita), el navío de fuego más cercano, y su convoy, se pondrán á barlovento de los tales navíos embarazados, *manteniéndose á barlovento*, para que el enemigo no les pueda echar navíos de fuego sin que primero los desapareje el convoy ó quemie el nuestro en paraje que, según el viento que corriere, no puedan caer ambos navíos de fuego sobre los dos embarazados, á que se tendrá mucha atención.

Si en el caso referido ó otros semejantes, las armadas se mezclaren al anochecer, la señal de conocer el farol de la almiranta será que la real encenderá cada ampolleta por breve rato el farol de la gavia, y la almiranta uno de correr, junto al principal, de manera que se distingan dos luces, y de noche no se dará la carga á navío que no sea conocido por enemigo con evidencia.

Y porque son muy perniciosas las primeras voces que en los navíos que se hallan de sotavento califican por de fuego á cualquier navío que arribe sobre ellos, aunque sea de guerra, tendrán muy particular atención los capitanes á castigar éstas y otras que inducen pavor, procurando que no haya rumor en sus navíos y que se reconozca la calidad de los del enemigo que se les acercaren, para abordar á los navíos de guerra y no retirarse dellos con pretexto de que son de fuego, movidos de las tales inciertas voces.

Llevarán todos los navíos sus chalupas esquifadas, para que ellas y los barcos luengos se opongan á la retirada que los navíos de fuego enemigos tuvieren de su gente, siempre que intenten emplearlos; pues mientras no tuvieren segura su retirada, y la vieren impedida con la diligencia referida, no ejecutarán el empleo, y podrán ser abordados sus convoyes de nuestros navíos de guerra.



Y porque son muy sabidas de todos los capitanes las señales con que la real significa de día y de noche sus faenas, se excusa repetirlas; y como quiera que es imposible prevenir todos los accidentes de la guerra, se deja al arbitrio y buena disposición de tan experimentados y valerosos soldados el remedio de los casos que fuera de los referidos aviniesen. En esta conformidad encargamos y mandamos á Francisco Díaz Pimienta, caballero de la Orden de Santiago, del Consejo de guerra del Rey nuestro señor y Gobernador general de la armada del mar Océano, dé las órdenes á su almirante y demás cabos y capitanes de todos los bajeles de esta armada para la ejecución y cumplimiento de esta mía, que ha de ir inserta en las que así diere y distribuyere. Dada en la real, en la playa de Tarragona á 26 de Julio de 1647.—Don Juan.—Por mandado de Su Alteza, Gregorio de Leguía.